

JOSÉ GERVASIO ARTIGAS, LÍDER ANTICIPATORIO

Cristina Peri Rossi

Escritora

Hace diez años, aproximadamente, tuve el honor, junto a autoridades civiles y militares de Barcelona, de inaugurar el busto al líder y héroe máximo de la República Oriental del Uruguay, en el Parque de la Oreneta. Fue un acto sencillo y emocionante, por los estrechos vínculos que siempre han existido entre ambas comunidades y que el exilio de la década del 70 del siglo pasado acentuó.

Sin embargo, este héroe y estadista que se adelantó con mucho a su época (nació el 19 de junio de 1764 en Montevideo, y murió en Paraguay, el 23 de septiembre de 1850) es el menos conocido, tanto en América Latina como en el exterior. Por dos motivos: Uruguay es el segundo país más pequeño de Iberoamérica y su proyección internacional, escasa (a pesar de su altísimo nivel cultural, su formación democrática —sólo usurpada por la dictadura militar que gobernó el país entre 1973 y 1985— la amabilidad de sus habitantes y la belleza de su geografía) y porque a diferencia de otros héroes, como San Martín o Bolívar, no viajó a Europa, murió en el exilio. Su ideario no se publicó en vida, pero se plasmó en las llamadas Instrucciones del año XIII (1813) a los diputados artiguistas. Es un proyecto de Estado confederado que luego adoptaría la Constitución, aunque no existiera la Confederación.

No me voy a detener en su gesta militar emancipadora, a pesar de que como militar practicó la mayor benevolencia con sus enemigos, a quienes siempre otorgó el perdón y la paz, fueran españoles, ingleses, portugueses o los argentinos que finalmente lo traicionaron y lo llevaron al exilio en Paraguay, seguido por todo el pueblo, a pie, que quemaba las tierras para evitar que fueran explota-

das por los imperialistas europeos. Prefiero centrarme en su ideario, plasmado en cartas, instrucciones, leyes que convirtieron a la Banda Oriental en el proyecto más revolucionario y moderno de la liberación latinoamericana.

Artigas fue educado en la escuela católica de los franciscanos, pero ya en la adolescencia mostró su interés por los filósofos de la Ilustración y por los pensadores de Estados Unidos plasmarían la Constitución.

El hecho de vivir en Casupá, poblado indígena diezmado por los conquistadores, lo familiarizó con quienes serían sus principales aliados: los gauchos, los negros, los indios. Y se erigió en su líder y conductor. Las diferencias económicas y sociales entre esa clase y los ricos hacendados, o los hijos de europeos que habitaban Montevideo, más la lectura de Rousseau o de Thomas Paine encendieron la chispa de su pensamiento revolucionario democrático y radical de extraordinario valor anticipatorio.

En sus instrucciones a los diputados artiguistas, se lee: “No se admitirá otro sistema que el de la Confederación para el pacto recíproco de las provincias que forman nuestro Estado.”

Hay que advertir, pues, que Artigas, como Bolívar, San Martín o Martí, soñaba con una América unida, proyecto que todavía está en gestación. El deseo de la Patria Grande que recién en el siglo XXI se vislumbra; pero no hay que desesperar: la Europa unida que soñaron Diderot, Rousseau o Voltaire todavía está formándose y no funciona muy bien económicamente.

Resulta asombroso que en 1813 Artigas expresara en sus instrucciones a los diputados: “Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable”.

En el artículo 4º enuncia que el objeto y fin del gobierno debe ser “conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos”. Sin duda la Revolución Francesa estaba en los orígenes de esta ley, pero con una diferencia: se cambia fraternidad por seguridad, cambio importante: el Estado es el garante de la seguridad de los ciudadanos.

El artículo 5º consagra la existencia autónoma de tres poderes: El Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial, que “jamás podrán estar unidos entre sí y serán independientes en sus facultades”. Voy hasta el artículo 18: “El despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos”. Artigas era militar, sabía de qué había que preservar la Confederación.

El artículo 20 de su ideario me conmueve especialmente: garantiza la forma republicana de gobierno y “asegura contra las violencias domésticas, la usurpación de los derechos y las violaciones de la soberanía”. Tres siglos después todavía estamos luchando contra la violencia machista.

Puede parecer insólito, pero Artigas no sólo repartió las tierras recuperadas al virrey español y al imperio inglés sino que las repartió entre la población de manera equitativa, incluyendo negros, esclavos, indios y mujeres. Y estableció el voto igualitario para toda la población, incluidas las mujeres y los analfabetos (recordemos cuántas discusiones generó en ciertos países europeos la concesión del voto femenino en el siglo XX).

Como había tenido formación católica, transformó el viejo proverbio bíblico de “los últimos serán los primeros” en uno más realista: “Los más infelices serán los más privilegiados”.

Traicionado por la Junta Militar Argentina, que se unió a los ingleses, Artigas se exilió en Paraguay, pero fue seguido por todo el pueblo, en lo que se llamó “El éxodo del pueblo oriental”. Fue el primero. El segundo, ocurrió como consecuencia de la dictadura militar de los años 70. Al pueblo uruguayo es muy difícil dominarlo, teniendo este padre fundador. Como dice el himno: “Tiranos, temblad”.

Esa misma mañana, la de la inauguración del busto de Artigas en Barcelona, en los hermosos jardines de la Oreneta (soplaba un poco de viento pero el cielo era celeste, el color de la bandera uruguaya) en el acto estaba presente una delegación de la Puebla de Albortón, provincia de Zaragoza, donde todavía existe la ca-

sa de los antepasados de Artigas. Porque, efectivamente, la familia de José Gervasio Artigas era de origen español, de ese pequeño pueblo a menos de doscientos kilómetros de la ciudad. No sólo la casa: también hay descendientes. “Todos nos llamamos Artigas”, comentó uno de los representantes, y no supe si tomármelo en serio o en broma. Era verdad. No es de extrañar: el pueblo cuenta sólo con ciento treinta habitantes censados, de los cuales sólo la cuarta parte vive de manera permanente. Están muy orgullosos de pertenecer a la familia de Artigas, de que el pueblo haya parido a un héroe y político que no sólo liberó a la Banda Oriental sino que legisló de manera anticipatoria. Por tanto, declararon la casa de la familia Artigas como museo-albergue para todo uruguayo que pase por La Puebla de Albortón. Esto fue dicho oficialmente, y ahí mismo, en Barcelona, buena parte de los uruguayos asistentes empezaron a organizar el viaje: en autobús y en fin de semana, para no interrumpir el trabajo. La iniciativa se difundió, y poco tiempo después, Puebla de Albortón comenzó a formar parte de las conversaciones de los uruguayos. Que si tomaban mate o no, que si todos se llamaban Artigas, si tenían la misma forma de nariz... empezaron a salir autobuses de Madrid y de Barcelona para conocer el lugar. Según me han contado, siempre han sido muy bien recibidos, con extrema cordialidad; están orgullosos de pertenecer al linaje del héroe de la Independencia.

Y unos años después, en 2009, el presidente de las Cortes de Aragón y una delegación de diputados de Uruguay inauguraron la Biblioteca José Gervasio Artigas. Francisco Pina, entonces presidente de las Cortes resaltó el orgullo de Puebla de Albortón y reconoció el carácter precursor y adelantado del héroe y líder, analizando, también, su ideario político. “Luchó por la libertad y por la igualdad”, dijo frente al busto de Artigas del pueblo, réplica del original de Pablo Serrano que se erigió en Montevideo.

Todos los uruguayos de España lo saben: en un pequeño pueblo de Aragón, hay un albergue gratuito, que se honra de este parentesco y donde, además, hay una biblioteca con el nombre de José Gervasio Artigas. La memoria de los pueblos no se puede acallar con ninguna dictadura.

Y del mismo modo que en el siglo XVIII los españoles cruzaban los mares y océanos para radicarse en lejanos pueblos desconocidos, en el siglo XX algunos uruguayos vinimos a España (a Madrid, a Barcelona, a Bilbao, a Zaragoza) también expulsados por una feroz dictadura.

Ojalá siempre las huellas de estas hazañas, de estos viajes, de estos periplos, sean albergues y bibliotecas.

Barcelona, 17 de octubre de 2011